El topo de Ceuta

María Sánchez Miaja

El topo de Ceuta

María Sánchez Miaja

Avant
editorial

Primera edición, abril de 2024
© María Sánchez Miaja, 2024

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN:978-84-10236-22-6
IBIC: FF
Depósito legal: M-9971-2024

Prólogo

El 14 de abril de 1921 Juan cumplió diez años, vivía en un pequeño pueblo rural de la provincia de Málaga llamado Alora, había ido unos meses al colegio y apenas sabía leer y escribir.

Aquella noche, después de cenar, su padre le puso una mano en el hombro y le dijo:

—Juan ya eres un hombrecito, tienes que empezar a trabajar, el señorito José me ha dicho que mañana te lleve al cortijo y te dará faena.

El chiquillo miró a su padre y respondió:

—Lo que usted diga padre. —Hubo unos segundos de silencio y preguntó—: ¿En qué voy a trabajar padre? ¿Usted lo sabe?

El padre le volvió a poner la mano sobre el hombro y respondió:

—Pienso que te mandarán al campo a cuidar las cabras, así hemos empezado todos; te darán un bollo de pan y un trozo de tocino y esa será tu comida.

—Como usted ordene padre. ¿Volveré a casa por la tarde?

—Eso lo decidirá el señorito, ¿por qué lo preguntas?

—Por nada padre, pero me gustaría volver a dormir con la familia.

—¡Bueno todo se andará! Te levantaré a las seis de la mañana y vendrás conmigo al cortijo, allí nos espera el señorito José y no le gusta que le hagan esperar. Ahora vete a dormir y mañana Dios dirá.

El chiquillo se levantó y se marchó a su camastro.

La familia estaba compuesta por su madre, su padre y dos hermanas más pequeñas. Las dos niñas dormían en la habitación de sus padres, en un camastro y a él lo habían sacado de la habitación cuando nació la pequeña.

Juan durmió mal aquella noche, temía a lo desconocido, le hubiese gustado seguir en el colegio, su maestra le prestaba pequeños libros de hazañas y él era feliz leyéndolos.

A las seis en punto de la mañana, su padre acudió a su camastro y lo zarandeó diciendo:

—¡Venga Juan, es la hora, vamos a comenzar tu nueva vida, a partir de hoy ayudarás al sustento familiar; ya tienes edad de hacerlo!

El chiquillo se restregó los ojos y saltó de la cama diciendo:

—Padre, ¿cree usted que me acostumbraré al trabajo que me manden?

—¿Cómo que si te acostumbrarás? ¿Crees que yo lo hice tan a gusto? El trabajo no le gusta a nadie, pero es lo que hay y tenemos que hacerlo a gusto, si no, la vida se te hace un infierno, así que, ¡vamos date prisa, no lleguemos tarde que el señorito nos espera!

—¡Bien padre procuraré hacerlo todo lo mejor posible!

Manuela, su madre, se levantó y le entregó una pequeña talega diciendo:

—Toma cariño, por si no te gusta la comida, ahí llevas un trozo de pan de casa y un trozo de morcilla. Te he puesto una botellita de agua por si te da sed.

—¡Gracias mamá, espero volver a la noche!

—¡Venga, venga —protesto el padre—, el chaval ya es casi un hombre y tiene que acostumbrarse a la vida! ¿Te acuerdas cuando te mandaron de niñera? Tenías su misma edad.

—Por eso mismo —respondió la madre con voz apagada—, me duele que nuestro hijo tenga que pasar por algo igual. Si no nos hiciera falta, podría seguir en el colegio, que es lo que a él le gusta.

—¿Lo que a él le gusta? ¿Te has preguntado alguna vez qué es lo que me gustaría hacer a mí?

—¿Y tú te lo has preguntado por mí? —La mujer hizo la pregunta dejándola inacabada—. Me habría encantado aprender a coser y haber sido modista, pero nunca me dieron esa oportunidad, pero, ¡te juro que voy a procurar que mis hijos lo consigan! No sé cómo, pero lo voy a procurar.

—¡Venga dejémoslo ya, se nos va hacer tarde!

Juan abrazó a su madre y salió detrás de su padre. Acababa de comenzar un periodo de su vida.

Al llegar al cortijo el señorito José —como le llamaba Felipe, el padre de Juan—, estaba desayunando. Felipe llamó a la puerta:

—¿Da su permiso señorito José?

—¡Pasa, pasa Felipe! ¿Qué bueno me traes?

—Señorito, este es mi hijo Juan, usted me dijo que lo trajera cuando tuviese diez años; ayer los cumplió y aquí lo tiene. Usted dirá a qué quiera que se dedique.

—Pasa chaval, acércate. ¿Sabes leer y escribir?

—Un poco señor —respondió Juan tímidamente—, fui unos meses al colegio y me gustó mucho.

—Pues aquí no lo vas a necesitar, a partir de hoy irás al campo con un pequeño rebaño de cabras, saldrás bien temprano y volverás cuando empiece a ponerse el sol, en la cocina te darán un costo[1] que tendrás que racionarte para toda la jornada. Si quieres dormir en el cortijo, lo harás en el pajar.

—Si no le importa señorito —respondió Juan—, prefiero hacerlo en mi casa, con mis padres y mis hermanas

—¡Mira el niño, nos ha salido familiar! —respondió José con una sonrisa—. Estando aquí a tu hora, puedes dormir donde quieras. La cocinera te dará tu cena, antes de marcharte. Del sueldo lo hablaré con tu padre, tú todavía no tienes ni voz, ni voto. Felipe, llévalo a la cocina que le den el costo y enséñale su faena, hoy quédate con él todo el día.

—Muchas gracias señorito, así lo haré.

Juan y su padre se dirigieron a la cocina. La cocinera, les preparó, un tazón de leche y un trozo de pan a cada uno que, migaron dentro de la leche. Cuando terminaron recogieron los costos y marcharon al corral.

—Mira Juan —le dijo su padre—, llevarás estas diez cabras a pastar, según te vayas acostumbrando a ellas se te aumentará el rebaño, no es difícil, pero tienes que hacerte con ellas y más tarde, te enseñaré a ordeñarlas.

A Juan le gustaron algunas de las cabras, sobre todo dos pequeñas que tendrían pocos meses, enseguida las adoptó y se distraía con ellas.

Cuando llevaba un mes con el rebaño, le añadieron cinco más, y le adjudicaron un joven perro pastor al que puso de nombre Trueno. El chiquillo se sentía feliz en la pradera de pastos y así fueron pasando los días. Llegó el verano y el rebaño tuvo que ser trasladado a una zona

1 Costo: viandas que se entregaban a los trabajadores para comer.

alejada del cortijo, a una zona cercana al río, donde había hierba más fresca y las cabras podían pastar.

En aquella zona existía una arboleda donde Juan podía refugiarse del calor sofocante del verano, se bañaba en el río y se aficionó a tallar algunas ramas de árbol que encontraba en su camino. Lo primero que talló fue un pequeño dedal para su hermanita mayor. Su madre al verlo exclamó:

—Juan, ¿quién ha hecho este dedal? ¡Es muy bonito!

—He sido yo mamá. ¿Le gusta?

—Pero ¿quién te ha enseñado? —preguntó la madre extrañada—. ¿Hay alguien contigo en el campo?

—No mamá, lo he hecho yo solo, me aburría y encontré un trozo de tronco, pequeño, comencé a tallarlo con la navaja y me fue saliendo eso, al final me di cuenta de que tenía forma de dedal y le fui haciendo el hueco. Me ha llevado varios días ¿Quiere que le haga uno?

—No cariño, te vayas a cortar —respondió Manuela— tú dedícate a tu trabajo, se te vaya a perder alguna cabra.

—No se preocupe mamá, Trueno está siempre pendiente de que ninguna se separe de nosotros.

—Muy bien, pero tú no las pierdas de vista, que el señorito nos haría pagarla y sería nuestra ruina.

—Vale, vale, así lo haré

Juan siguió tallando los pequeños troncos y cada día perfeccionaba, un poco más, sus piezas. Hizo un dedal para su madre, otro para su hermanita pequeña y un día pidió a su padre una peseta para comprar lija.

—Padre, ¿me puede usted dar una peseta? —preguntó con timidez—, necesito comprar una cosa.

—¿Qué piensas comprar tú con una peseta? —inquirió el padre con extrañeza—. Una peseta es mucho dinero, no te la daré si no me dices para qué la quieres.

—Quiero ir a la ferretería a comprar lija de madera, estoy haciendo una figura de madera y necesitaría la lija, para dejarla más fina.

—¿Dónde has aprendido esas cosas? ¿Lo aprendiste en el colegio?

—No papá, hace un tiempo vi a un abuelo que tallaba un pájaro de madera y estuve un rato mirándolo, me gustó mucho. Era cuando venía del colegio. Un día me aburría y encontré un trozo de tronco

pequeño, me acorde de aquel abuelo y comencé a limar con el cuchillo; cuando me di cuenta había hecho la forma de un dedal pequeño, lo vacié y se lo di a mi hermana María, otro para mamá y uno pequeñito para Carmen. Ahora estoy tratando de hacer un cuenco para usted.

—Juan, no te distraigas, podrías perder alguna chivilla y tendríamos que pagarla —le aseveró su padre—, una chiva vale como quince semanas de tu jornal, tendrías que trabajar casi cuatro meses gratis.

—Lo sé papá, no se preocupe, yo estoy siempre pendiente de ellas, además Trueno no las deja que se separen.

—¡Has tenido suerte!, Trueno es un buen perro. Cuídalo mucho y acaríciale de vez en cuando. Es tu mejor amigo.

Felipe se llevó la mano al bolsillo y sacó una peseta que entregó a su hijo diciendo:

—Aprovéchala bien, tiene que durarte mucho tiempo y recuerda lo que te he dicho: ¡No descuides las chivillas!

—¡Sí padre, descuide que no lo olvido!

Juan salió corriendo hacia el pueblo, iba loco de contento, al fin podría perfeccionar sus figuras.

Juan fue progresando en su tallado.

Un día su madre le dijo:

—Juanito hijo, me tienes la casa llena de figuras de madera. ¡Podríamos ganar un dinerillo si las vendiéramos en el mercado!

—¿Venderlas? ¿Usted cree que nos las van a comprar?

—Si no probamos, no lo vamos a saber. ¿Quieres que probemos?

—¡Cómo usted diga! Si cree que puede sacar unas pesetas, ¡bienvenidas sean!

De ese modo Juan se pasaba las horas tallando, pero sentía que le faltaba algo. Una mañana mientras desayunaba, comenzó a ojear un periódico que había sobre la mesa, Mariana la cocinera le preguntó:

—Juan, ¿tú sabes leer?

—Sí señora Mariana, fui unos meses al colegio y la maestra me enseñó a leer y me dejaba algún libro para que lo leyera en mi casa; después tuve que trabajar y ya no pude volver, pero me gustaría mucho tener algo para enterarme de cosas.

—¡Qué bien, a mí me habría gustado tener esa oportunidad! Mira te voy a guardar los papeles que tiran los señoritos, casi todos los días, creo que le llaman periódico y así te enteraras de más cosas.

De esa forma, tan simple, Juan comenzó a interesarse por los acontecimientos que ocurrían en el mundo. Cuando los dueños de la casa tiraban algún libro o algún cuento, Mariana se lo guardaba y él se lo leía varias veces.

De este modo Juan, casi sin darse cuenta, fue formándose y conociendo a través de la lectura unos conocimientos que moldearon su carácter, haciéndose cada día más solidario con los demás y comprendiendo los movimientos obreros que se iban creando, sobre todo, en Europa.

Un día mientras desayunaba, la señora Mariana le preguntó:

—Juanito hijo, ¿qué pone aquí?

Le mostraba una fotografía de un periódico donde se referenciaba un acontecimiento social.

Juan le leyó la nota y Mariana rompió a llorar.

—¿Qué le ocurre señora Mariana? ¿Por qué llora?

—¡Ay hijo me gustaría tanto saber leer!

—¿Usted quiere que yo le enseñe?

—¡Ya soy muy mayor para ello!

—Nunca se es mayor para aprender, le prometo que yo voy a enseñarle.

—¡Venga, venga zagal, no me tomes el pelo!

—No señora, le prometo que le enseñaré.

Juan abandonó la cocina con una idea fija, tenía en el corral de su casa todos los periódicos que Mariana le había ido dando, los sacó, los empaquetó y fue al ultramarinos de su calle con sus paquetes.

Se acercó al mostrador y se dirigió al dueño del establecimiento.

—Señor Pepe, me han dicho que usted compra los periódicos antiguos. ¿Es eso cierto?

—Sí chaval, los compro al peso.

—¿Cuánto me daría por todos estos?

—Vamos a pesarlos y te digo.

El tendero le dio unas pesetas y con ellas compró un catón[2], un cuaderno, un lapicero y una goma de borrar y se marchó contentísimo a comenzar su nueva aventura.

Dos días de la semana se sentaba con Mariana, después de su trabajo, y con suma paciencia le iba enseñando primero las vocales,

2 Catón: libro de lectura que se usaba en los colegios para enseñar a leer.

después las consonantes y algo más tarde a unir letras para formar palabras. Al cabo de unos meses Mariana podía leer frases cortas y escribir todas las letras del abecedario.

Unos meses más tarde otras dos personas que trabajaban en la casa, le pidieron si les podía enseñar a ellas y así Juan se encontró, sin proponérselo, con un grupo de personas de la finca que le pedían ayuda para aprender a leer y escribir.

Un día su padre lo llamó a su lado y le dijo:

—Juan, ¿tú sabes lo que estás haciendo?

—¿A qué se refiere padre?

—A enseñar a leer y escribir a algunos miembros del cortijo.

—No creo que esté haciendo nada malo padre. Me lo han pedido y me ha parecido algo muy bueno, así aprenderán cosas que, de otro modo, nunca sabrán.

—No sabes si eso le gustará al señorito José… ¡Vale, vale hijo, ya veremos qué pasa cuando el señorito se entere!

—Padre perdone, pero lo hago fuera de mi hora de trabajo, las chivillas están comidas y guardadas en el corral. Es la hora de irme a casa y lo hago una hora más tarde, el único perjudicado soy yo. Lo hacemos en la cocina y no molestamos a nadie… Si usted cree que debo hablarlo con él, no me importará hacerlo.

—Déjalo, el tiempo nos dirá.

Juan continuó dando clase de alfabetización y cada vez se incorporaban más trabajadores y trabajadoras del cortijo que tenían inquietudes por aprender a leer y escribir. Fueron tantos compañeros y compañeras que acudían a las clases, siempre fuera del horario laboral, que llegó a oídos del dueño del cortijo y un día cuando estaban reunidos, apareció por sorpresa, todos se quedaron sorprendidos y como un resorte, se pusieron de pie. Juan fue el primer sorprendido, pero a pesar de su juventud, disimuló su nerviosismo y dijo:

—¡Bienvenido señorito José! ¿Esperamos que no le moleste que usemos esta parte de la cocina para que enseñe lo que sé a los compañeros y compañeras?

El señorito José se sintió desbancado. ¿Qué podía decir ahora? Permaneció unos segundos callado y al fin respondió:

—¡Por supuesto que no, al contrario, vengo a ofreceros un lugar más cómodo! A partir de mañana lo podéis hacer en el comedor de las

celebraciones conjuntas; eso sí, deberéis dejarlo como lo encontráis: limpio y recogido. Podéis seguir aprendiendo, siempre que eso no repercuta en bajar la guardia en vuestro trabajo.

Juan fue rápido en responder:

—¡Todo lo contrario, señorito, trabajaremos con más ganas!

—¡Muy bien! Al final vamos a tener los trabajadores más cultos de la comarca. Ahora os dejo, no quiero robaros tiempo.

José dio media vuelta y salió de la cocina.

Las clases de aquel día fueron cortadas, los jóvenes empezaron hacer cábalas, uno dijo:

—Juan, ¿tú crees que no le importa que aprendamos? Los señoritos nos quieren «cuanto más torpes mejor», para obedecer. ¿No tomará represalias contra nosotros?

—Por el momento —respondió Juan—, le ha parecido bien, debemos trabajar con más ganas en agradecimiento al local que nos ha cedido.

Juan continuó enseñando a sus compañeros y compañeras, pero pronto se corrió la voz en otros cortijos y los amos se sintieron amenazados por la alfabetización de sus asalariados.

Juan había cumplido dieciséis años y no sólo enseñaba a leer a sus compañeros y compañeras, sino que, algunos traían a sus hijos. Habían puesto un fondo entre todos, de ahí adquirían material: cuadernos, lápices, gomas, alguna pluma y tintero y todas las tardes trabajaban durante unas horas. Se sentía muy satisfecho, pero una mañana al llegar al cortijo el guarda de la puerta le dijo:

—Juan, el señorito José quiere hablar contigo, me ha dicho que vayas a su despacho.

—¿Sabes qué querrá?

—¿Yo? ¡Chaval el señorito da órdenes, nunca explicaciones!

Juan se dirigió al despacho de José, llamó a la puerta y dijo:

—¿Da su permiso señorito?

—¡Pasa, pasa Juan, siéntate!

—Muchas gracias señorito, estoy bien así.

—¿Qué pasa que tú no sabes lo que es una orden? ¡Te he dicho que te sientes y tú, te sientas sin replicar!

—Perdone señorito —dijo Juan algo nervioso—, no he querido desobedecer sus palabras.

—¡Pues si nos has querido desobedecer, siéntate!

El muchacho se sentó y permaneció en silencio, José le miró durante unos segundos y respiró hondo antes de comenzare hablar:

—¿Qué voy hacer contigo? Menudo conflicto me has creado con el resto de los cortijeros.

—No sé a qué se refiere señorito. Nuestras cabras no se salen jamás de nuestro territorio, Trueno no se acerca ni a las alambradas y yo estoy siempre pendiente de ellos.

El muchacho calló expectante esperando la explicación de su jefe.

—¡No me refiero a tu trabajo con el rebaño, de eso no tengo queja ninguna, las cuidas como nadie y respetas, perfectamente las lindes! Me refiero a tu trabajo de las tardes. Sintiéndolo mucho, voy a tener que prohibirte seguir con él. No te puedes imaginar la de quejas que he recibido de los cortijeros vecinos, has soliviantado a sus trabajadores y todos quieren aprender a leer y escribir.

—¡Señorito José! Yo no tengo culpa de nada, si quieren enviar algunas personas, yo les enseñaría con mucho gusto.

—¡No lo quieres entender, ellos creen que has creado un grave problema! Yo no pienso así, pero son nuestros vecinos y no podemos indisponernos con ellos. Piensan que, los obreros ignorantes son más fáciles de manejar. Sintiéndolo mucho, tenemos que suspender las clases.

Juan no respondió, solamente dijo:

—Con su permiso señorito José. —Su voz era seria, pero respetuosa—. ¿Puedo retirarme?

—¡Por supuesto! Lo siento mucho chaval, pero son las normas de vecindad. Muchas gracias por tu interés en tus compañeros, has conseguido mucho; según me dice Mariana, has enseñado a leer y escribir a un buen número de personas y algunos niños. ¡Qué pena que no puedas continuar! —hizo una pausa y prosiguió—: Espero que me entiendas.

Juan salió del despacho, más dolido que enfadado. ¿Cómo le explicaba aquellas personas, que le habían cortado sus ilusiones de un tajo?

Mariana, al verle llegar le preguntó:

—¿Para qué te quería el señorito José?

—¿Usted sabía que me había llamado?

—Primero habló conmigo y me lo explicó todo, lleva varios meses recibiendo quejas de los vecinos, pero ayer vino una comisión de ellos, y le dieron un ultimátum: o cortaba las clases o se acababan los convenios de vecindad. ¡No ha tenido más remedio que aceptarlo!

—Lo comprendo —reflexionó Juan—. ¿Cree usted que es justo? ¡Quieren trabajadores analfabetos para manejarlos a su antojo! —Con voz trémula terminó-—: ¡Me parece indecente!

—No te hagas mala sangre, agradezcamos los años que hemos tenido. ¡Además ya buscaremos recursos para hacer algo!

Juan desayunó y se marchó al corral a recoger a sus cabras y a Trueno, estuvo todo el día dándole vueltas a su cabeza, pero no encontraba solución a aquella situación.

Cuando llegó a su casa, se lo contó a su padre que respondió:

—Hijo, ellos son los amos, demasiado ha debido de aguantar el señorito José y os ha protegido hasta que le han impuesto sus normas.

—¡Lo sé padre, pero no pienso quedarme con los brazos cruzados! Alguna solución habrá y la voy a encontrar.

—¡No te metas en líos! Tienes trabajo, el señorito te aprecia y seguro que cuando pase un par de años, te dará otro trabajo.

—No sé padre, yo estoy contento con lo que hago, deberíamos de tener un rebaño mayor y la leche daría buenos beneficios. ¿Le parece padre que lo hable con el señorito?

—Mi consejo es que sigas con tu trabajo y el tiempo nos dirá —respondió su padre—, no me gusta que te destaques tanto.

—¡Vale padre! —respondió Juan—. Como usted diga.

Después de aquel día Juan no volvió a dar clases, pero dedicó todo el tiempo que pudo a formarse. Con el poco dinero que le daba su padre, pidió al dueño del estanco del pueblo que le facilitara libros de historia, los pagaba en varias veces y los leía y volvía a leer. Continuó leyendo los periódicos que le guardaba Mariana a diario, y poco a poco se enteró de los movimientos políticos del momento, conoció la Generación del 27 y se empapó de sus escritos e ideas político-sociales[3].

3 La situación política y social de la España del momento era muy convulsa: en pocos años había estallado la Primera República Española, la Segunda República, el golpe de estado de Primo de Rivera y el reinado de Alfonso XIII. Todos estos cambios crearon un gran impacto en la sociedad de la época, algo que se puede ver perfectamente en el culto artístico del momento.

Esta lectura fue creando en Juan un espíritu reivindicativo y una lucha interior contra los abusos de los ricos para presionar y supeditar a los más pobres, y fue modelando su carácter y su afán por luchar contra las discriminaciones que eran constantes, ya que, las personas que trabajaban en el campo eran tratadas, por algunos señoritos andaluces poco menos que como esclavos.

Aquel verano, después de terminar su trabajo, se reunió a medio camino, entre el cortijo y su casa, con un grupo de compañeros, más o menos de su edad, y les explicó los movimientos que se estaban formando, sobre todo en Madrid y grandes capitales de provincias.

Se hizo seguidor directo de Blas Infante y acudió a Málaga a la conferencia política que dio, en 1930, en la Sociedad Económica de Amigos del País, donde ensalzó al pueblo andaluz y su historia. A partir de entonces, se declaró, claramente, andalucista.

Encontramos el origen de la Generación del 27 en el homenaje que se le rindió a Luis de Góngora con motivo de la conmemoración de los trescientos años de su muerte. Esta reunión es, para muchos estudiosos, el inicio de la amistad entre los miembros de dicha generación que empezaron a intercambiar ideas y visiones sobre el mundo y el arte, creando así, un movimiento literario y cultural revolucionario y plagado de talento.

La situación política del país hizo que los autores dejaran de hacer una literatura sentimentalista y apostaran por textos más comprometidos con la realidad y con tintes de denuncia social. Los escritores no sólo escribían por el mero placer artístico, como sí hacían los modernistas, si no que comenzaron a crear obras más comprometidas y con una voluntad de renovación y progreso.

No escribían solamente por el mero placer artístico, sino que también lo hacían para comunicar, como medio de expresión y de denuncia social. Las obras creadas por los autores pueden verse como **una protesta de toda una generación** de personas que nacieron y vivieron en una época concreta de la historia de España. Querían una sociedad con más derechos, más progresista y abierta al mundo.

Capítulo I

El 14 de abril de 1931 Juan cumplió veinte años y esta vez, fue él quien pidió a su padre que le escuchara, tenía algo importante que comunicarle:

—Padre, ¿podemos hablar?

Su padre le miró en silencio, hacía tiempo que estaba esperando que su hijo le pidiera hablar con él, y más o menos, sabía lo que quería contarle.

—Tú dirás hijo.

—Padre, como ya sabe, hoy he cumplido veinte años y he recibido el mejor regalo que me podía dar la vida, según se comenta, los españoles han decidido en las urnas por la República. Se esperan grandes cambios y yo quiero cambiar a la vez que el resto de los españoles. Padre, sé que le voy a dar un disgusto, pero, creo que ha llegado el momento de que yo vuele a buscar otra vida que no sea cuidar cabras. Estoy muy agradecido al señorito José por los diez años que he permanecido guardando cabras, pero, pienso que me gustaría conocer otra vida y solo puedo hacerlo si salgo del pueblo.

—¿Salir del pueblo? ¡Qué dices criatura! ¿Dónde vas a ir?

—Padre, he cumplido veinte años, algunos mozos, con mi edad, ya están casados. Quiero ir a la capital a buscar trabajo.

—¿Qué dices zagal, a Madrid, te has vuelto loco?

—No padre, a Málaga, cuando estuve el año pasado, conocí a varios muchachos de mi edad y me dijeron que, si quería trabajo en su fábrica lo encontraría, así que les escribí y me han dicho que me puedo incorporar a primeros de mayo que viene. Mañana hablaré con el señorito José y le daré las gracias. Me ofreceré a enseñar al zagal que vaya a ocupar mi puesto y marcharé dentro de dos semanas. Me duele mucho separarme de usted, de madre y de mis hermanas, pero ¿quién sabe?, si tengo suerte, podréis venir conmigo en un tiempo.

—¿Y dónde vas a trabajar?

—En una fábrica de azúcar. Padre, me han dicho mis amigos que se tiene un buen jornal y si echas horas extraordinarias, podría ganar más.

—¡Lo tienes todo bien pensado!, pero ¿dónde vas a vivir?

—Ellos tienen una habitación alquilada en una casa y han hablado con la patrona, le han pedido que me acoja y al ir recomendado por ellos les ha dicho que sí. No se preocupe, no estaré solo. ¿Me ayudará a contárselo a madre?

—¿Qué, quieres que te haga yo el encargo? Si eres tan valiente para irte solo, debes de serlo, también, para enfrentarte a tu madre. ¡Así que ya puedes ir preparándote para recibir una enorme reprimenda!

—¡Padre por favor!

—¡Ni por favor, ni por favor! A eso te enfrentas tú.

Aquella noche, Juan apenas durmió, al día siguiente tendría que enfrentarse al señorito José y a su madre y no sabía cómo reaccionarían los dos.

Muy temprano se levantó y marchó al cortijo, una vez allí, fue directamente al despacho de su jefe, llamó a la puerta y desde dentro se oyó una voz:

—Adelante.

—¿Da su permiso señorito José?

—¡Pasa, pasa Juan! ¿Qué se te ofrece?

—Perdone señor, pero necesito hablar con usted. ¿Puede atenderme?

—¡Por supuesto, siéntate y dime!

—Señorito, estoy muy agradecido por los diez años que llevo trabajando para usted, pero —Juan quedó callado unos segundos—, verá, no se lo tome a mal ¡por favor! Pero necesito abrir mis horizontes y he decidido marchar a Málaga a trabajar en una fábrica de azúcar. No se preocupe por las cabras, aún estaré dos semanas y enseñaré a la persona que usted elija.

—Esto lo estaba esperando desde hace tiempo —respondió José con una sonrisa—, eres una persona inquieta y hace mucho tiempo que comprendí que el campo no es para ti. Te deseo todo lo mejor, te lo mereces. Eres una persona cumplidora y valiente, espero que encuentres tu camino, por lo que deduzco de tu comportamiento, nadie

se arrepentirá de darte trabajo y si tienes posibilidades, estudia y prepárate para un trabajo mejor.

—¡Muchas gracias señorito! No sabe cuánto agradezco sus palabras. ¡Ahora me queda «navegar» con mi madre! No sé cómo se lo va a tomar.

—¡Cómo es natural, mal! ¡Pero no temas, ella sólo desea tu bien!

—¿Desea algo más señorito?

—Nada, muchas gracias, ¡espero verte antes de que te marches!

—Sí señor, vendré a verle, a decirle cómo va el nuevo, espero que me lo envíe usted pronto, y a despedirme de usted. ¡Muchas gracias por todo!

Juan salió del despacho y se dirigió a la cocina:

—¡Buenos días señora Mariana! ¿Cómo lleva la mañana?

—¡Cómo todos los días, aquí todos los días son iguales!

—¡Pues hoy es un día distinto, tengo algo que contarle!

Cuando Juan contó a la buena mujer sus proyectos, a esta se le saltaron las lágrimas, pero, disimuló su pena diciendo:

—¡Juanillo hijo! No sabes cuánto me alegro por ti, te mereces todo lo mejor. ¿Qué ha dicho tu madre?

—Aún no se lo he dicho, no sé cómo empezar, su reacción no va a ser buena.

—¿Qué esperas? ¡Se le va su zagal! Ella comprenderá que tú necesitas abrirte a la vida y que los hijos no son de nuestra propiedad, que los traemos al mundo para que sean libres y vuelen.

Juan terminó de desayunar y se marchó al campo con sus cabras, las iba a echar mucho de menos y a Trueno no más que a su familia, pero, estaba decidido y no podía flaquear.

Aquella tarde llegó a casa decidido a hablar con su madre, pero al llegar la encontró con los ojos llenos de lágrimas, comprendió que su padre se había adelantado y ya lo sabía, en silencio fue hacia ella y la abrazó. Permanecieron un buen rato abrazados y al final su madre dijo:

—Me duele muchísimo que te marches, pero no te lo reprocho, esto no es para ti y si marchándote vas a llevar una vida mejor, ¡bendito sea Dios!

—¿Muchas gracias madre, es usted la mejor madre del mundo!

—¡Anda, anda zalamero! ¡Procura portarte bien o iré y te traeré de las orejas!

Juan escribió a sus amigos y les envió la documentación que le pedían para ir gestionando su entrada en la empresa. Era una época en que el trabajo en Málaga no faltaba, gracias a su expansión industrial.

Capítulo II

Unos días después, recibió respuesta con muy buenas noticias:

> Amigo Juan, hemos recibido tu carta y nos alegra mucho que hayas solucionado, satisfactoriamente, todo lo que te preocupaba. Ya entregué tu documentación en la oficina y me dicen que el día 2 de mayo podrás incorporarte al trabajo, no sin antes, pasar por la oficina y firmar el contrato.

Aquella noche Juan se reunió con su familia y les contó las buenas nuevas que había recibido y que se marcharía el 1 de mayo.

Su padre, muy serio, solamente dijo:

—Ya eres un hombre y tienes derecho a dirigir tu vida, solo quiero que sepas que, si una vez allí no es lo que esperabas, siempre tendrás aquí tu casa y tu familia que te recibirá con los brazos abiertos.

Su madre lo abrazó, pero no fue capaz de articular palabras, se bebió las lágrimas y marchó a la cocina a terminar la cena.

A la mañana siguiente, volvió al despacho de José, llamó a la puerta y, como siempre dijo:

—¿Da su permiso señorito José?

—¡Pasa, pasa Juan! ¿Ya has decidido cuándo te marchas?

—Sí señor, me marcho el día 1 de mayo y comienzo a trabajar el 2.

—¿Qué tal el chavea de Manuel? ¿Te parece apropiado para cuidar el rebaño?

—Es espabilado. —La voz de Juan no parecía muy convincente—. En los días que queda, hasta mi marcha, cogerá más soltura y pienso que lo hará bien. Además, le dejo a Trueno que le será de gran ayuda. Yo le he ido enseñando todo lo que aprendí en estos diez años, pero, después cada uno tiene su forma de trabajar.